
CAPITULO XLV.

Á LOS ALEMANES.

Llegamos al término de este largo viaje, á través de las trasmutaciones de la conciencia religiosa. Hemos visto las ideas del siglo décimo-octavo pasar por el idealismo objetivo, desaguar en el sistema hegeliano, salir de este gran lago en torrente, impulsadas por la dialéctica de la extrema izquierda, hasta proponerse el fin de todo culto, el exterminio de toda religion, como exigencias del humano espíritu en su ascendente progreso. ¡Viaje inacabable! La ciencia alemana recorre todas las esferas, sube por la escala de todas las gradaciones de la idea, se hunde en el abismo de lo pasado, se pierde en el cielo de lo infinito, devora unos sistemas y produce otros, analiza la materia y la descompone, sigue la série de los organismos á través de sus infinitos desarrollos, enlaza la vida con el pensamiento, y sumerge el pensamiento lleno de fuego vital en la inmensa eternidad. Nada se esconde á su anhelo, nada se resiste á su crítica; el Universo se dobla como el cedro al huracan, cuando pasan por las altas cimas del sér las ráfagas impetuosas de su pensamien-

to. El arte humana parece una inmensa sinfonía cuando el pensador aleman recorre las teclas de este grandioso órgano. Los tiempos resucitan á sus conjuros y le revelan sus secretos. Los dioses, muertos ó vivos, bajan de sus cielos y se presentan como reos ante su tribunal. Segun recorre todos los espacios, segun vuela de mundo en mundo, segun abarca desde los infusorios hasta los dioses, en sus aspiraciones ambicioso, en sus trabajos desasosegado, diríase que guarda en las retortas de sus laboratorios el licor de la vida, y que tiene entre sus dedos los hilos misteriosos é invisibles con que todas las cosas y todas las ideas se suspenden unas de otras y se enlazan sábiamente en divinas armonías.

Pero despues que haya desarraigado el árbol de la vida para probar sus raices; despues que haya descompuesto como un poco de fósforo el pensamiento en sus análisis; despues que haya destruido los templos y encerrado en sus rotos santuarios la conciencia emancipada, si vuelve los ojos por doquier, encontrará más elevado en la escala

de la vida, y más dueño de sí mismo, y más digno de pertenecer á la humanidad, y más en posesion del espíritu moderno al pobre pastor de los Alpes suizos, al marinero de los diques de Holanda, al explorador de las selvas de América, al italiano en sus ruinas, al francés en sus revoluciones, hasta al español mismo, que los ojos alemanes no ven sino, como al diablo el creyente, entre las rojas llamas del doble infierno de su monarquía histórica y de su nefasta Inquisicion. Viendo esto, casi nos dan tentaciones de creernos esclavos de la materia, y proclamar que nuestros claros cielos, y nuestras costas pictóricas, y nuestras montañas en relieve, y nuestros mares de luz, donde el himno griego de las olas y de las brisas no se interrumpe nunca, nos llevan, eternos paganos, á realizar en el mármol de las inmortales formas las ideas antes de haberlas concebido; en tanto que las tinieblas, la humedad, el frio, la montaña cubierta de eternas nubes, la selva atravesada por fuegos fátuos y perdida en sudarios de nieblas llevan al germánico á encerrarse dentro de sí mismo, á engendrar y consumir allí todas las ideas, y á menospreciar la reforma de la realidad exterior, indigna del trabajo que exige y de los sacrificios que cuesta.

La extravagante idea vertida por Bruno Bauer en sus trágicas indignaciones contra la emancipacion de los judíos; esa idea de que no pueden los pueblos emanciparse en política, si antes en religion no se han emancipado, ¿podrá ser una idea de su raza que aguardará á no creer en el Juicio Final para llamar á los reyes á público juicio? El ser creyente no impidió á Cronwell tomar como por asalto el trono de los Estuardos, ni á Hampden sembrar como por milagro las libertades parlamentarias. Los fundadores de la democracia americana habian aprendido á deletrear en la Biblia. El sentimiento de su fé, más que el sentimiento de su derecho, llevaba á los Países Bajos á combatir la gigantesca tiranía de Felipe II. Los arqueros, los pastores que levanta-

ron como ornamento de los Alpes la República helvética, iban á pedir inspiraciones á sus Iglesias antes de acometer sus empresas. Emanciparse debe la razon, la conciencia, la voluntad; cumplirse el derecho nacional y el derecho humano; ser todo el hombre libre en una sociedad democrática y bajo un gobierno republicano; pero no creamos que los términos de la emancipacion se cumplen y se suceden tan lógicamente en la realidad exterior como en nuestra propia conciencia. Y sobre todo, no aguardemos á que un pueblo haya perdido todas sus supersticiones para dotarle con todos sus derechos, porque entonces nunca llegará á la plenitud de la vida, que en sus impurezas y en sus inconsecuencias emancipa ahora una facultad, más tarde otra, sin someterse á nuestras leyes ideales, muchas veces arbitrariamente concebidas. Lo cierto es que dá pena poner en parangon las ideas que ha concebido Alemania, su ley del progreso, su concepto del derecho, su crítica histórica, su lucha con todos los poderes espirituales capaces de oprimir la conciencia, su saber inmenso con su realidad, su Imperio cesáreo, su aristocracia militar, su Cámara de los señores, su orgullo protestante, sus residuos feudales. Hoy mismo la mano del Parlamento alemán se vé casi forzada por el poder monárquico á ceder en la cuestion del armamento y del ejército una parte considerable de sus fueros. Hoy mismo el feudalismo de pequeños Estados encuentra valedores en la prensa, en la Cámara, en el gobierno. Hoy mismo la resistencia á la ley de los círculos administrativos demuestra cuán arraigadas están las gerarquías aristocráticas en Prusia. Hoy mismo el combate á muerte con los católicos prueba cuán lejos se halla el pueblo pensador y progresivo, de la separacion necesaria entre la Iglesia y el Estado. Es indispensable que entre plenamente en la realidad, que la ábrase en el fuego de sus ideas.

No se diga que el doctor Fausto es la personificacion del ideal germánico. Evoca el gé-

nio de la vida y el génio del arte; lleva en su frente el Verbo divino de la idea que esclarece todos los mundos, y á su lado el espíritu del mal que pone límite á todas las cosas; descompone en su retorta alquímica las sustancias dentro de su laboratorio y vá errante por las cimas de las montañas á escuchar la voz que sale de las cavernas, á recibir el rayo de la luna y las gotas del rocío, á sumergirse en la vida universal; se conmueve deletreando las palabras iniciales del libro de la ciencia y oyendo al son del órgano y de la campana los cánticos sagrados en la alborada de Pascua; estrecha contra su corazon desde la pobre Margarita, que sólo ha salido de su hogar al templo, hasta la sensual Helena, adúltera con los dioses y con los hombres, en cuyo lecho ha muerto Troya y ha nacido Grecia; baja desde los nebulosos picos del Brocken, donde las brujas vuelan á su antojo, como aves nocturnas en noches eternas, hasta los festines de los dioses antiguos, donde bebe el vino viejo de la inspiracion, á la sombra de los mirtos, al rumor del torrente coronado de adelfas, en la copa cincelada por la mano de Fidias, entre los coros ébrios de poesia y de vida; oye el choque del martillo de Thor

en el yunque, el redoblar del tambor mágico en la selva, el cántico de la sirena en las ondas jónicas palpitantes de amor y coronadas de espumas, y la letanía mística, bajo las bóvedas de la catedral gótica; recorre, así las raíces del Universo como sus frutas de oro, que se llaman soles, planetas; así el sentimiento en sus primeras apariciones como la idea en sus últimas metamorfosis; y despues de tantos esfuerzos y trabajos, proclamando siempre y en todas partes la accion, su único verdadero hijo es aquel homúnculo extravagante, engendrado en la redoma de la química por las combinaciones de la ciencia, y no en la matriz de la naturaleza por los milagros del amor; su única obra, la salvacion de aquel Emperador vulgar y mediano; su único porvenir, perderse como una nube de aroma, sin personalidad y sin alma, entre las flores místicas y los cantos armoniosos de un cielo panteísta. Prefiero á la pobre Margarita, personificacion de la buena y blonda Germania, seducida por sus sábios en su casta ignorancia, y abandonada á sus penas sobre cuna de húmedas pajas en oscuro calabozo, porque la pobre Margarita, á lo ménos, ha sabido amar y morir.